

VIOLENCIA CONYUGAL Y VIOLENCIA ASISTIDA: ALGUNAS REFLEXIONES CLÍNICAS¹

CONJUGAL VIOLENCE AND CHILDREN'S EXPOSURE TO INTIMATE PARTNER VIOLENCE: SOME CLINICAL REFLECTIONS

Stefano Cirillo²

Scuola di psicoterapia "Mara Selvini Palazzoli" de Milán
stefanocirillo@scuolamaraselvini.it

RESUMEN

El fenómeno del maltrato del hombre hacia su pareja mujer requiere un análisis complejo, tanto de la relación conyugal como de la personalidad de ambos protagonistas y de los hijos que presencian la violencia. Además de las necesarias intervenciones de protección de la víctima, deben planificarse tratamientos individuales (no de pareja) tanto para la mujer que tiene dificultades para salir de la relación maltratante como para el hombre autor de la violencia, sin descuidar programas específicos para los niños.

Palabras claves: personalidad de la víctima y del agresor. Posicionamiento de los niños respecto de ambos padres.

SUMMARY

The phenomenon of man's abuse of his partner requires a complex analysis of both the marital relationship and the personalities of the two protagonists and the children who witness the violence. In addition to the necessary interventions for the protection of the victim, individual (not couple-based) treatment of both the woman struggling to get out of the abusive relationship and the man perpetrator of violence must be planned, without neglecting specific programs for children.

Keywords: Personality of the victim and perpetrator. Child deployment in relation to both parents.

Un primer análisis de la dinámica de pareja

CUANDO HACE UNOS TREINTA AÑOS comencé a interrogarme sobre el horror del maltrato del hombre hacia su compañera, recuerdo que siempre iniciaba mis conferencias con un dato sorprendente: los dos países de Europa más marcados por este flagelo eran Suecia y España.

Me preguntaba cómo era posible que dos naciones tan diferentes en cuanto a la condición de la mujer y la igualdad de género conocieran este drama al mismo nivel, y me respondía que en ambos países los hombres más reacios a aceptar las conquistas femeninas y envidiosos de los éxitos de sus parejas corrían el riesgo de recurrir a la violencia para

¹ Artículo publicado con autorización de la Rivista Terapia Familiare y del autor. Traducido por Freddy Orellana, psicólogo, docente y co-director del Instituto Humaniza Santiago, con la colaboración de Isidora Somella, a quienes el editor agradece su gran aporte.

² Docente y co-responsable de la Scuola di psicoterapia "Mara Selvini Palazzoli" de Milán.

reafirmar la propia superioridad: en Suecia, aquellos que no pudieron hacer frente a la emancipación completa de sus compañeras; en España, aquellos hombres que se resistían a abandonar los últimos vestigios del machismo. Dos contextos socioculturales muy diferentes, pero unidos por la presencia de un sector de hombres rezagados respecto al nivel de desarrollo alcanzado por la igualdad de género en sus respectivas sociedades.

Nunca imaginé que esta plaga marcaría, algún tiempo después, también a Italia, mi país, con una prevalencia que no muestra signos de disminuir y que llega reiteradamente hasta el feminicidio.

No conozco las políticas sociosanitarias de Suecia para hacer frente a esta trágica epidemia; en cambio, he tenido la oportunidad de trabajar en España como supervisor y formador de profesionales de distintas regiones, y he sido testigo del fracaso de las intervenciones centradas en el género, que han invertido fuerzas y recursos considerables principalmente en la protección de las mujeres víctimas de violencia, una intervención obviamente indispensable y éticamente prioritaria, aunque no suficiente.

He encontrado la decepción y el desconcierto de muchas trabajadoras sociales, educadoras y psicólogas que, después de esforzarse por acompañar a una mujer maltratada en el camino hacia la separación y el logro de su autonomía económica y laboral, la veían volver con el compañero violento, cediendo a sus súplicas y las reiteradas declaraciones de arrepentimiento. Las profesionales se daban cuenta tardíamente de que aquellas mujeres habían comprendido sus buenas intenciones y la solidez de sus argumentos, adecuándose a ellas; no obstante, paradójicamente, el gesto repentino de reconciliarse con la pareja representaba una rebelión frente a las operadoras y la muestra concreta de aquella autodeterminación hacia la cual ellas habían intentado orientarlas.

Utilizo deliberadamente el femenino para referirme a estas profesionales porque es una práctica generalizada, incluso hoy en día en Italia, la elección de que pueden ser solo mujeres las que trabajen en los Centros Antiviolenencia: ahora, si bien la justificación de esta elección es comprensible, también están empezando a vislumbrarse sus desventajas.

En cualquier caso, me parece ya ampliamente compartido que limitar la intervención a la mera protección de la mujer, sin involucrar al compañero violento, muestra una serie de límites. El más evidente es que, aun cuando el vínculo patológico se rompa, el hombre corre el riesgo de reproducir otro similar, en el que ejercerá violencia sobre otra compañera, ya que sus modalidades relacionales no han cambiado: la denuncia penal puede haberlo asustado y detenido provisoriamente, pero también puede haberle hecho acumular aún más resentimiento y rencor por la pérdida de la esposa, por la derrota sufrida, por el sentimiento de injusticia que puede albergar y alimentar porque sus argumentos no fueron escuchados. El segundo límite, más insidioso, es que también la mujer, si no se aborda la calidad de su relación con el cónyuge maltratante, corre el riesgo de reproducirla: no solo reconciliándose con él, sino también vinculándose nuevamente con parejas igualmente prepotentes y proclives a pasar a la acción violenta.

Por mi parte, entre todos los casos que el Tribunal de Menores nos derivaba al Centro para el Niño Maltratado (CbM), donde trabajé durante treinta años con padres maltratantes (Cirillo, 2005), encontré muy a menudo situaciones de violencia conyugal que —como explicaré mejor más adelante— involucraban a menores, mucho antes de que se conceptualizara esa categoría de maltrato que hoy llamamos “violencia asistida”.

Para intervenir de manera adecuada en estos casos, me aprendí de memoria las recomendaciones de las terapeutas feministas estadounidenses (Goldner y otras, 1990), quienes criticaban con firmeza a los terapeutas sistémicos que proponían en estas situaciones

una terapia de pareja: se trata de un error imperdonable que coloca en el mismo plano las conductas de la mujer y las del hombre, cuando en realidad este último es el único responsable de su propia violencia. Como se diría con el lenguaje actual, se trataba de una confusión entre *conflicto*, generado y mantenido por ambos miembros de la pareja, y *violencia*, que es responsabilidad sólo de quien la ejerce, el cual intenta justificarla descargando la culpa en las provocaciones de la compañera, una maniobra de la que nunca debemos ser cómplices.

Por el contrario, es necesario respetar dos contextos diferentes en la intervención en estos casos: En primer lugar, el contexto legal, que es el espacio social de atribución de responsabilidad y de condena de las conductas inaceptables. En este contexto se procede a la denuncia del cónyuge violento, a la protección del cónyuge más vulnerable y a un posicionamiento inequívoco de los profesionales, que pertenecen al sistema social y comparten sus normas básicas, del lado de la víctima, liberándola de cualquier sentimiento de corresponsabilidad, de “habérselo merecido” o de “habérselo buscado”, lo que el abatimiento y la humillación suelen traer consigo.

El segundo contexto, que debe seguir al primero, en el sentido de que no puede precederlo, pero del que tampoco se puede prescindir, es el análisis psicológico de los componentes de cada uno de los dos miembros de la pareja que dieron origen a este esquema víctima/victimario y que permitieron su permanencia en el tiempo.

Solo la comprensión, por parte de cada uno de los dos, de las raíces y del significado de su propio comportamiento impedirá que el hombre vuelva a reproducir actitudes violentas y que la mujer sea nuevamente victimizada.

(Para un análisis de este tipo de ensamblajes de pareja, véase Selvini y Gritti, 2023).

El funcionamiento de la mujer víctima

Goldner y sus colegas se distancian de la postura que se conforma con ofrecer a las mujeres maltratadas únicamente protección, y buscan en cambio ayudarlas a escapar de la trampa que las mantiene ligadas al perseguidor: no se trata de masoquismo, sino de un funcionamiento complejo de la personalidad que podría sintetizar de la siguiente manera (integrando el pensamiento de las colegas estadounidenses con el mío). La mujer llega a la construcción de esta relación conyugal partiendo de una serie de experiencias, vividas principalmente en su familia de origen, que han marcado profundamente su autoestima, llegando en algunos casos a configurar un verdadero cuadro depresivo. En ciertas situaciones puede observarse un contexto de negligencia, con el efecto de sentirse invisibles. De ello se deriva la elección, en muchos aspectos inconsciente, del compañero, caracterizado por una aparente seguridad que puede rozar la arrogancia, pero cuya fragilidad subyacente la mujer percibe, lo que la ilusiona respecto de su propio poder para cambiarlo a través del vínculo. Ese repetido lugar común ilustrado en la frase “mi amor lo salvará”. Hay que considerar que, en un inicio, el hombre se declara locamente enamorado, contrarrestando así la experiencia de invisibilidad vivida por la mujer en sus relaciones primarias.

Ante las primeras manifestaciones de conductas inaceptables, de las que otras mujeres se apartan inmediatamente poniendo fin a la relación, estas mujeres, en cambio, no logran hacerlo. La súplica del hombre de “no me abandones, estoy arrepentido, no lo haré más, no puedo vivir sin ti” funciona como un potente antidepresivo, como un refuerzo de la autoestima: “entonces valgo”.

Al mismo tiempo, la generosidad, la bondad, el sacrificarse por el otro (dice en un chat Giulia Cecchettin, la joven asesinada que nos ha golpeado el corazón a todos: “tengo miedo POR él”, cuando hubiéramos deseado que dijera “DE él”³), pero también una sorda obstinación, “lo lograré, esta vez cambiará de verdad”, impiden la maniobra de ruptura del vínculo y el restablecimiento de la seguridad.

Un caso emblemático

Para poder intentar llevar a cabo este tipo de intervención, que conjuga la protección de la mujer y de los hijos con un abordaje de la pareja y de cada uno de sus miembros a nivel individual (con la ampliación a las familias de origen), el mandato del tribunal que protege a los hijos de la violencia asistida y solicita la evaluación de la recuperabilidad de los padres puede revelarse como un instrumento muy valioso, como veremos en el caso que sigue. (Ya he descrito este caso en Cirillo, 2005).

Se trata de una situación denunciada por los vecinos debido a la extrema violencia del jefe de familia, quien aterrorizaba con golpes y gritos a su actual joven pareja y a su propio hijo del primer matrimonio (Su esposa anterior había huido, abandonando al hijo, para no exponerse a sus golpizas). El hijo más pequeño, fruto de la nueva unión, había sido puesto a resguardo en casa de los abuelos maternos. La trabajadora social encargada de la investigación se había encontrado con un hombre intimidante, una mujer reticente debido al temor, y un púber enmudecido, cuyos docentes (repetía primero de secundaria) se habían declarado extremadamente preocupados por su comportamiento cerrado y retraído, con síntomas alarmantes: pequeños robos a sus compañeros, nula dedicación a las actividades escolares y, sobre todo, episodios esporádicos de encopresis. La familia nunca había brindado colaboración alguna.

La pareja

La pareja está formada por un hombre de cuarenta años, Rocco, quien, tras el fracaso del bar que gestionaba, trabaja en un depósito de agua mineral, y por su joven compañera, Valentina, que tiene un modesto empleo realizando entrevistas telefónicas. Se conocen en una discoteca y ya a la mañana siguiente la joven huye de la casa de sus padres, pequeños burgueses obsesionados con la respetabilidad, que jamás habrían aceptado a un yerno sureño, sin instrucción, separado y con un hijo a cuestas. La madre de este hijo, Christian, hoy de trece años, regresó hace cinco años a Calabria, cansada de las palizas del marido; rehizo su vida formando otra familia y no volvió a ver a su hijo. La pareja reconstituida tiene un niño, Tullio, hoy de cuatro años, a quien Valentina confió desde el inicio a su madre para sustraerlo de las continuas peleas.

³ NdT: el autor se refiere al feminicidio de Giulia Cecchettin ocurrido el 11 de noviembre de 2023, asesinada por su novio, ella tenía 22 años y estaba a punto de graduarse de ingeniera, una de las motivaciones del feminicidio habría sido que su novio no soportó que ella se graduara antes que él. El caso conmovió al pueblo italiano y generó un movimiento social y político que logró sensibilizar respecto a este flagelo y reforzar las leyes contra el feminicidio.

Ella misma se refugia a menudo en casa de sus padres: Rocco, entrada la noche y borracho, se aferra al timbre del portero eléctrico para obligarla a volver con él, y los suegros le temen enormemente, por lo que no siempre se atreven a hacer intervenir a la policía. Sin embargo, al cabo de algunos días, Valentina regresa puntualmente con Rocco, quien se arrepiente y se disculpa, atribuyendo su pérdida de control a los celos que siente hacia los suegros: en efecto, reprocha a su compañera ser demasiado sumisa a su madre, a la que según él considera “una sargento”, y no llevar nunca a casa a Tullio, que prácticamente no conoce a su padre. Cabe señalar que Rocco ha roto completamente los vínculos con sus padres y hermanos que viven en el sur del país.

En la primera entrevista de nuestra trabajadora social, durante una visita domiciliaria, Valentina pone en marcha un clásico doble juego. Rocco no se encuentra en casa a la hora acordada y ella se abre un poco, reconociendo las violencias del compañero y el estrés en el que vive Christian; pero cuando la trabajadora social se marcha y el hombre regresa, suspicaz y alterado, Valentina acusa a la profesional de haber intentado sembrar cizaña entre ellos, instigándola contra él, ante lo cual él estalla en una llamada telefónica de insultos y amenazas que atemorizan a la colega.

En la sesión siguiente, decidimos utilizar este elemento que teníamos en nuestro poder: Rocco había intimidado a la trabajadora social. Él, naturalmente, lo niega y lo minimiza, pero se le dice que no puede saber él si la trabajadora social tuvo miedo o no, sino únicamente ella. Él se calla, y yo puedo continuar diciéndole, de manera empática, que no debe de ser agradable estar rodeado de personas que están con él por miedo y no por afecto, como parecen estarlo tanto Valentina como Christian: será necesario intentar comprender por qué él no cree poder ser amado, sino solo temido.

Rocco sigue en silencio; la compañera y el hijo levantan la mirada. Continúo diciendo que quizá sus estallidos de ira y de violencia se desencadenan por el alcohol y, para mi gran sorpresa, él responde que no, que también le pasa que pierde la cabeza sin haber bebido. Rápidamente, a su reconocimiento le sigue la ruptura de la omertà⁴ de Valentina: si se puede decir que la trabajadora social fue atemorizada por Rocco, si él mismo admite que estalla y que genera miedo a la gente, ella puede sumarse y reconocer que así también le sucede a ella.

Volvemos a convocar a la pareja, el muchacho se queda en casa, Valentina se desahoga: habían salido con unos amigos, él pagó las bebidas de todos cuando su familia ni siquiera tiene dinero para comer; ella se enfadó, él la pateó en plena calle mientras pasaba un coche de policía que intentó calmarlo, los agentes quisieron saber si ella deseaba denunciarlo, pero ella no quiere perjudicarlo. Volvió a casa de sus padres y esta vez es para siempre: ella lo ha amado mucho, pero una mujer necesita de vez en cuando una palabra dulce, un cumplido; él, en cambio, no la hace sentirse ni siquiera una mujer, la insulta, le dice que es un “asco”, le ordena que se vaya de su casa, y ella quiere saber del CbM si puede separarse aunque no esté casada y adoptar a Christian.

Ante esta provocación, él, que hasta ese momento había permanecido en silencio, estalla: deja en paz a Christian, que ella no tiene nada que ver con él, que se quede con Tullio y se vaya a casa de su madre, que él no quiere volver a ver ni a ella ni al niño, que tanta cosa

⁴ NdT: La omertà es un estricto código de honor y silencio, originario del sur de Italia, que prohíbe terminantemente a los miembros de la mafia y a los ciudadanos cooperar con la policía o las autoridades judiciales. Esta "ley del silencio" implica no revelar información sobre actividades criminales, incluso si se es víctima, bajo pena de muerte.

si se lo han quitado desde que era pequeño. Cuando se logra interrumpir la disputa y el intercambio de acusaciones venenosas (en el que Valentina no se queda en absoluto atrás respecto del conviviente, más bien al contrario), logramos decirle a la señora que comprendemos bien su preocupación por el muchacho, pero que este, de todos modos, ya estará algo mejor cuando su salida de casa le permita no vivir el estrés de las peleas de pareja. Hoy, en cambio, será necesario comprender en base a qué esta crisis debiera ser diferente de las decenas de otras en las que se fue diciendo que no volvería más, sin embargo, siempre lo ha hecho. Ni siquiera aprovechó la presencia casual del patrullero que había presenciado la violencia para dejarlo. Valentina se debate en vano. Le damos el número telefónico de la Casa de Mujeres Maltratadas, donde puede ponerse a resguardo de las presiones de él y, al mismo tiempo, no avivar sus celos hacia su familia trasladándose con ellos. Lo pensará. Les damos dos citas individuales separadas, a los quince días, con una hora y media de diferencia entre una y otra: si en cambio ella ha regresado con él, los recibiremos juntos.

Llegan el día previsto al mismo tiempo: no, no se han reconciliado, pero ella no conduce y ¡le pidió a Rocco que la llevara!.

La recibimos primero a ella: intentamos centrar la atención en el “elástico” que regularmente la devuelve a la casa de sus padres (ni siquiera se le ocurrió llamar a la Casa de Mujeres Maltratadas) y luego la tira de nuevo hacia Rocco. ¿Qué es lo que hay en su casa que nunca le ha resultado bien, por qué huyó con Rocco metiendo su ropa a toda prisa en una bolsa de supermercado?

Valentina acepta sin demasiada dificultad evocar con nosotros sus vivencias infantiles en su familia, que en presencia de Rocco había protegido de las críticas de él mediante la más contundente de las idealizaciones: “¡Para mí y para mi hermana menor siempre era Navidad!”. Hoy la versión es muy distinta. Se lleva mejor con su padre, un hombre apacible y bondadoso, que con su madre, quizá porque fue criada por la abuela paterna, en conflicto con la nuera, a la que Valentina sigue estando aún hoy muy unida. De hecho, para ser precisos, cuando nos dijeron que ella se refugiaba en casa de sus padres, se entiende que en realidad duerme en casa de la anciana abuela, de noventa años, que vive en un monoambiente al otro lado del patio, porque a causa de sus padres no logra dormir. En efecto, en esa casa tienen el día cambiado por la noche: su padre, profesor de dibujo en un instituto profesional de arte, conoció allí a su esposa, que trabajaba como secretaria, cuando Valentina era pequeña obtuvo el traslado a la sección nocturna, por lo que regresa tarde a casa (viven fuera de Milán, donde se encuentra la escuela) suele cenar, quedarse despierto y fumando, luego se acuesta muy tarde. Tullio quiere mucho al abuelo, por lo que la abuela no lo acuesta antes de su regreso, en la espera el niño hace un alboroto muy ruidoso, lo que a Valentina le molesta mucho; por eso prefiere irse a dormir a casa de su propia abuela. A causa de ello, al día siguiente el niño tiene sueño. Los abuelos no lo han inscrito en el jardín infantil, algo que a ella le entristece, porque ¿cómo hará para relacionarse con otros niños cuando vaya a primero de primaria, si duerme todo el día y nunca va a los parques? Nos da vueltas la cabeza: hemos caído en una jaula de locos. Sin dudar, convocamos a Valentina junto con sus padres para la semana siguiente.

La familia de origen de Valentina

A la hora prevista, la madre y el padre llegan puntuales y sonrientes. ¿Y Valentina? ¿Cómo, también tenía que venir ella? ¡Ellos no lo sabían! Valentina les dijo que debía

quedarse en casa con el niño. Decidimos realizar la sesión de todos modos: evidentemente, satisfecha de poder contar con su terapeuta que tomará partido a su favor frente a los padres, Valentina ha preferido que este trabajo se haga en su ausencia, probablemente desconfiando de su capacidad para sostener su propio punto de vista.

El encuentro es fascinante: el profesor es un hombrecito cándido y temeroso; la señora, una mujer corpulenta, muy maquillada y voluptuosa. Hay que hacerlos callar con firmeza cuando empiezan con la cantinela de la violencia del yerno: todo correcto, todo verdadero, pero de eso hablaremos con él. A ellos los hemos invitado para que nos ayuden a comprender a su hija: ¿por qué huye de casa con un hombre evidentemente inadaptado y, cada vez que vuelve con ellos, al poco tiempo se va de nuevo?

La señora se ríe: huir de casa es un poco exagerado, se había enamorado, ya se sabe cómo es el amor; pero no puede negar que no les dio noticias de sí durante seis meses. El padre culpa a Valentina, que siempre ha sido una cabeza loca. Ninguno de los dos tiene otras explicaciones: la suya siempre ha sido una familia unida, se quieren, y los padres se llevan bien incluso después de más de treinta años.

Saco mi as bajo la manga: Valentina me dijo, no obstante, que había ocurrido el problema de la abuela y me imaginé que quizá la señora pudo haber sufrido por ello. Ella queda un instante desconcertada: ah, Valentina también habló de esto, no lo creía... Da algunas vueltas más al asunto, luego expande su amplio pecho, deja escapar un gran suspiro y decide desahogarse. Ella se casó con su marido, que era hijo único de una madre viuda, y su suegra era muy posesiva y no quería dejarlo ir. Así que él cometió un error (sí, sí, cometí un error, confirma él diligentemente): mientras estaban de luna de miel le dio las llaves de su departamento para que ella lo ordenara, y su madre nunca se las devolvió, ni siquiera después de más de treinta años; y en treinta años de matrimonio (rompe a llorar) ella nunca tuvo la satisfacción de planchar una camisa o lavar un par de calzoncillos de su marido: la suegra siempre hacía todo mientras ellos estaban en la escuela (el marido asiente, sin intentar en absoluto disculparse).

Y cuando nació la niña fue aún peor: la suegra se la quitó y ni siquiera le dejaba tocarla, de modo que ella volvió a trabajar cuando Valentina tenía cuarenta días porque sufría demasiado; y cuando regresaba a casa a toda prisa en el descanso del almuerzo para darle el biberón, la abuela quería dárselo ella, y entonces ella dejó de volver: ese fue su error, haberla dejado... Pero comprenda, doctor, yo era joven y estaba sola, mis padres estaban en Turín y mi marido no me defendía, nunca me daba la razón, ni una sola vez, ¿es verdad o no es verdad? Es verdad, confirma humilde el marido, y así a esta hija la perdí, y entonces pensé en tener otra, para mí esta vez, y mi suegra se enfadaba y me decía: “¿pero entonces esta me la das o no me la das?”, porque quería llevarlas a las dos al parque... “Y luego estaba el problema de la caca...”, interviene tímidamente el marido. “Ah, sí, también estaba eso, que fue un problema enorme, porque Valentina de pequeña no evacuaba, y eso mi suegra no lo hacía, me tocaba hacerlo a mí”. El marido: “Tenía que hacerle el enema y estimularla, y le dolía, y la niña lloraba...”. “Sí, lloraba; así que cuando yo volvía del trabajo y ella me oía llegar, me cerraba la puerta en la cara, me empujaba y se escapaba con la abuela; y yo luego lloraba toda la noche. Por eso después me quedé en casa del trabajo, pero ya era demasiado tarde, no la recuperé más”.

El clima se transforma: esta familia que había venido solo para hablar mal del yerno y, en segundo término, de Valentina —que nunca logró nada en los estudios, que siempre quiso hacer lo que le daba la gana, que siempre tuvo hombres equivocados y que todavía no acepta consejos, que se desentiende de Tullio y se va a casa de la abuela porque la

abuela le permite hacer lo que quiere— se ha convertido en una familia que parece pedir ayuda de manera auténtica, que añade espontáneamente detalles para que podamos comprender el drama en el que se han consumido los treinta años de su existencia.

Así, nos atrevemos a proponer una sugerencia de comportamiento; pero antes ayudamos a la señora a admitir que, incluso después de treinta años, sigue sufriendo porque Valentina prefiera a la abuela y vaya a dormir a su casa. La mujer lo confirma: incluso ha puesto una cama plegable para que haya una cama para todos, pero Valentina nada. Sin embargo —le decimos— se equivocó al decirle que debe quedarse para ocuparse de Tullio; tiene que abrirse sinceramente con su hija y decirle que es a ella a quien extraña, que es ella quien sufre al verla irse cada noche.

Pero el verdadero cambio se lo pedimos al padre: puesto que reconoce que el error inicial lo cometió él, por haber carecido de coraje, le corresponde a él reparar. Le preguntamos a la señora si, en el caso de que él hiciera este esfuerzo de volver atrás, ella le diría que ya es demasiado tarde, que ya no le interesa. Y ella responde que no, que todavía le daría mucha alegría si él finalmente eligiera defenderla a ella, pero teme que nunca lo haga. Entonces me dirijo a él: “Profesor, todavía tiene una oportunidad de hacer retroceder el tiempo; piénselo, tómela: vaya a ver a su mamá, explíquele que ha comprendido que se equivocó, haga que le devuelva las llaves y a su hija”. Él le promete que lo hará.

En la sesión siguiente están todos. Por desgracia, Tullio, como lo temíamos, presenta evidentes núcleos psicóticos: es obeso, hiperactivo, encopretico. Retiene las heces como hacía su madre cuando era niña, para luego ensuciar por todas partes. Es un niño que nadie ha querido, ni la madre ni la abuela, a la que se aferra vanamente en una parodia de simbiosis que ningún “tercero” ha llegado a separar. Sin embargo, podremos intentar hacer algo, porque nuestra intervención ha dado sus frutos: el padre está orgulloso de haber recuperado su coraje, la madre se ha apaciguado, la abuela no se lo ha tomado tan mal —ya es vieja y está cansada—, Valentina parece haber comprendido y ha aceptado volver a dormir en casa de sus padres. Es convocada a solas, mientras el niño queda a cargo de una de nuestras psicometristas.

Resultados

Valentina nunca volvió a vivir con Rocco, aunque no dejó de frecuentarlo, reconociendo con sencillez que sigue necesitando su cortejo. Al inicio se veían en calidad de padres de Tullio, cuando hemos logrado motivar a Rocco a no abandonarlo, pero todavía no era posible que el padre viera al niño a solas, dada la casi nula familiaridad entre ellos.

Una vez que, en esos encuentros, Valentina constató la consolidación del cambio de Rocco —quien dejó de beber y no volvió a tener estallidos de violencia—, aceptó con gusto salir también a solas con él, dejando que en otras ocasiones él se llevara consigo a Tullio; pero la convivencia nunca se restableció.

El trabajo con Rocco

En cuanto a Rocco, considero que el detonante del cambio fue apelar a su paternidad: cada uno de sus hijos lo necesitaba. Christian porque no tenía a nadie más (la madre siempre rechazó nuestras convocatorias), y Tullio porque no podía salir de su grave

patología sin encontrarse en su vida también con un padre. Este hombre, con una autoestima por los suelos (fracasado dos veces en el matrimonio, fracasado en el trabajo, denunciado ante el tribunal como padre violento), sin duda esperaba que intentáramos excluirlo de la vida de sus hijos, no que lucháramos contra su tendencia a retirarse de la misma.

Volveremos aún sobre este concepto: es muy difícil involucrar a un hombre maltratador en el tema de la violencia hacia la compañera. La defensa está ahí, al alcance de la mano: no es culpa mía, es ella quien me provoca. Esta negación de la propia violencia es también en parte de buena fe: aquí es innegable que Valentina es provocadora. Convencer a Rocco, como a todo maltratador, de que tenía derecho a enfadarse, pero no a reaccionar de ese modo, de que su violencia le pertenece a él y no es de ninguna manera justificable, resulta absolutamente agotador.

Resulta habitualmente más transitable la vía de la violencia asistida: además de Valentina, también Christian es víctima de la violencia, herido por el espectáculo del padre que ataca a su sustituta materna, del mismo modo que en su momento había agredido a su madre, obligándola a huir. Rocco, a su modo, quiere al muchacho y se da cuenta de que lo ha descuidado gravemente: primero enviándolo a un internado cuando la esposa lo dejó y él tuvo que hacerse cargo del bar, y luego olvidándose de él, totalmente absorbido por el conflicto con Valentina y con la familia de ella. A su vez, él tampoco tiene ningún referente paterno: ha roto las relaciones con los suyos y, a diferencia de Valentina, no me permite que los conozca.

Rechaza mi indicación de asistir a Alcohólicos Anónimos; sin embargo, por su hijo deja de beber y, para mi gran sorpresa, no tendrá ninguna recaída. Mencionaré un episodio que me conmovió. Un día recibe una factura telefónica por una cifra astronómica. Se deja caer en la agencia, convencido de que se trata de un error, y descubre en cambio que desde su número se habían hecho innumerables llamadas a una línea erótica (esto fue antes de la llegada de internet y del acceso fácil a la pornografía). En la sesión con el muchacho, que se veía avergonzado y atemorizado, Rocco con sus modestos medios verbales le muestra su comprensión y lo perdona. Gradualmente los síntomas de Christian remiten: la encopresis, los robos, la desafección escolar.

Más difícil fue el acercamiento a Tullio, yo era básicamente un desconocido para él. Aquí recurro a una frase de Lacan que suelo utilizar regularmente en mi repertorio: «¿Para qué sirve un padre? Para romper la diada simbiótica». Rocco me entiende y se compromete: los efectos no tardan en hacerse visibles. Logra que el hijo sea inscrito en la escuela infantil y así se regulariza su ritmo sueño/vigilia. Luego Tullio inicia un recorrido de psicomotricidad relacional y la encopresis se reduce significativamente.

Lamentablemente, tres años después Rocco muere de un infarto, con menos de cincuenta años, y desde Calabria llega su primera mujer, quien se lleva de nuevo al hijo, aún menor de edad, con el que había interrumpido todo contacto desde hacía años.

El hombre: del dolor a la violencia

El título del apartado retoma un conocido libro de De Zulueta (2009), que reconstruye con magistral claridad el recorrido que lleva a un niño traumatizado a convertirse en un adulto violento. He intentado analizar a la luz de este enfoque a mis pacientes varones abusados en la infancia (2009), tratando de responder a la pregunta de por qué algunos de ellos se transforman en abusadores y otros permanecen víctimas para siempre. Los pacientes que

llegaron a ser a su vez violentos (con sus parejas y con sus hijos) habían vivido la experiencia del abuso de manera aterradora y en completa soledad, a diferencia de los otros, que la habían percibido como un juego cuya perversión solo comprendieron más adelante y que, aun así, habían podido contar con alguna forma de vínculo con la figura de apego.

Siguiendo el esquema de Liotti (2011), estos niños traumatizados reorganizan su apego, destruido por el efecto de la violencia, según una modalidad tiránica, en el intento ilusorio de controlar al agresor, un modelo operativo que los acompañará en la edad adulta, estructurando sus relaciones afectivas.

Así, en la relación de pareja no logran sostener el conflicto, transformando la frustración normal en rabia y hostilidad.

Veamos un ejemplo alentador

Se trata de uno de los casos más arduos y exigentes que hemos tenido en el CbM, con el que hemos luchado durante mucho tiempo y con enorme esfuerzo, sobre todo desde el punto de vista de la carga emocional. Se trata de una pareja con dos hijos pequeños (una niña y un varón), que no logra sostener el matrimonio pero tampoco consiguen separarse. Las escenas son tan violentas, y el sufrimiento de ambos tan intenso, que los servicios sociales, extremadamente preocupados por las repercusiones emocionales en los niños, informan al Tribunal. Tras el decreto, se dispone el ingreso de la madre y los hijos en una comunidad, y se inicia el proceso de evaluación.

El marido, Fausto, se presenta como el paciente más grave: víctima en la infancia de un abuso sexual prolongado por parte de un tío materno, se debate en un dilema sin salida: «¿Soy realmente homosexual o llevo solo las cicatrices de este drama y podría borrarlas?». La esposa, conocedora de su situación, aun así consintió en el matrimonio, subyugada por su personalidad fuerte y magnética, atraída por el desafío de curarlo, y acogida con los brazos abiertos —ella, huérfana— por los padres de él, que viven con extrema vergüenza la “desviación” del hijo y esperan, al igual que él, que ella lo “normalice”.

Después del matrimonio, la situación fue cuesta abajo: él deja el trabajo, se prostituye, se obsesiona con adelgazar para resultar más atractivo, desarrolla una bulimia, se induce el vómito, compra anfetaminas en el mercado negro con la esperanza de vencer el hambre. En suma, un trastorno borderline en toda su magnitud, con su repertorio sintomático, incluidos episodios de somatización con parálisis nocturnas y, finalmente, dos intentos de suicidio mediante fármacos cuando ella intenta dejarlo.

El proceso de evaluación es muy largo y complejo, también en cuanto a sus modalidades. Aquí quiero referirme sólo a la convocatoria de los padres de Fausto. El trabajo se centra en el inicio del abuso: los padres lo sitúan en su adolescencia; él, en cambio, en sus tres años. Llegamos a un acuerdo en esta reconstrucción: a los tres años, el niño, que pasaba el verano en casa de los abuelos y que fue dejado allí en dos ocasiones durante varios meses, iba a hacer la siesta por la tarde con el tío. Allí comenzaron los abusos. El tío se frotaba tanto contra el niño que Fausto les pedía repetidamente a sus padres que no quería ir a dormir con él, pero ellos no comprendieron su necesidad de protección. Los juegos sexuales continuaban cada verano, con métodos cada vez más explícitos y la participación más activa de Fausto. Poco a poco, la reconstrucción creó un ambiente más coherente; los padres parecieron comprender por primera vez cuan mal había estado su hijo ("¡Así que entonces te destrozó!") y extendieron la autocrítica de su comportamiento a otras áreas: el padre, por ejemplo, se culpaba por haber intentado "curar" al niño de las pesadillas

que lo acosaban cada noche, escondiéndose él mismo, debajo de la cama, con una media de nylon sobre la cara, fingiendo ser un monstruo que había devorado a sus padres (con qué efecto terapéutico, imagínense ustedes). Fausto, por su parte, parece darse cuenta de que sus padres no han escuchado sus peticiones de ayuda, expresadas como las puede hacer un niño: ahora, sin embargo, que ya dejó de ser un niño, también debe hacer un esfuerzo para pedir la cercanía de sus padres de una manera más congruente que sus ataques e intentos de suicidio.

Ante la decisión de la esposa de separarse y la consiguiente caída depresiva de Fausto (que, como todos los borderline, cae en la desesperación cuando se repiten las experiencias de abandono), los padres deciden llevarlo de nuevo a casa, de modo que la esposa y los niños puedan dejar la comunidad y regresar a la casa familiar. Poco a poco, Fausto deja de prostituirse, luego de frecuentar saunas y salones de masajes; durante un tiempo intenta olvidar a su esposa, que lo acosa entre súplicas y amenazas con ocasión de los contactos con los hijos, y empieza a salir con otra mujer, con la ferviente esperanza de sus padres de que la cosa pueda “funcionar”. Hace algunos intentos desordenados por conseguir trabajo (empleado de funeraria, asistente de personas mayores, tarotista telefónico). Siendo muy religioso, encuentra un confesor que lo ayuda, después de haber terminado con la nueva mujer, a experimentar un período de castidad.

Las relaciones con los hijos se convierten poco a poco en el principal incentivo para reconstruir su propio equilibrio y su existencia, junto con la terapia, en la que invierte muchísimo, con las oscilaciones entre dependencia exagerada y agresividad inaudita típicas de los borderline de esta gravedad: recibe un beneficio inesperado para él, al ser informado de que su enfermedad no es una posesión diabólica ni una forma de locura, como a veces teme, sino un síndrome con un nombre específico, trastorno borderline, a menudo vinculado a experiencias previas de abuso sexual. Los padres lo ayudan mucho a ocuparse de los niños cuando las visitas dejan de ser supervisadas, durante los fines de semana y luego en las vacaciones. No lo reemplazan y le reconocen con cierta admiración que cuando no está en crisis es un excelente padre.

Muchos meses después, Fausto conoce a un hombre con quien inicia una relación, con un involucramiento afectivo intenso, pero no tan “loco”, como en el pasado, más allá de lo que sería un amor normal. Al cabo de un tiempo, los padres deciden por iniciativa propia dejar la casa a la pareja y trasladarse durante un largo período a Nápoles, tolerando el hecho de que la elección del hijo se vuelva pública ante los ojos del barrio: de parte del padre —que tenía tal prejuicio contra la homosexualidad que no comía el pan tocado por su hijo por miedo a contraer el sida (Fausto, gracias a un poco de sentido común que aún le quedaba y a una gracia especial de Dios, no es seropositivo)— es un paso verdaderamente admirable.

Igualmente admirable, dicho sea de paso, fue la manera sincera y respetuosa con la que Fausto supo explicar a su hija mayor (ya de unos diez años) su propia homosexualidad.

La denuncia

Los datos del Instituto Nacional de Estadísticas en Italia (Istat) de 2022 muestran que menos de una de cada tres mujeres víctimas de violencia de género presenta una denuncia (27%). Los datos son desalentadores, aunque están en aumento (las denuncias eran sólo el 6,7% en 2006), sin duda gracias a la labor de prevención de los Centros Antiviolenencia, que se han extendido por todo el territorio nacional, a las reiteradas campañas de prensa y a las

intervenciones formativas dirigidas a las Fuerzas del Orden, que han mejorado su capacidad para acoger y tramitar las denuncias presentadas y han elaborado un plan específico de intervención contra la violencia hacia las mujeres (Di Cristofaro, 2023).

Hay un aspecto que debe igualmente subrayarse. He tenido la fortuna y el honor de participar como supervisor, en el marco del Proyecto STOP contra la violencia de género, en la actividad de la mesa técnica operativa coordinada por la Prefectura de Pavía, en la que participan las trabajadoras sociales de algunos municipios y de los Planes de Zona/Ámbitos Territoriales, las Fuerzas del Orden —en particular la Jefatura de Policía y el Comando Provincial de los Carabineros—, los Centros Antiviolenencia de Pavía, Voghera y Vigevano, los operadores del Servicio de Protección de Menores, de los Servicios Especializados en adicciones y Psiquiatría, y seguramente estoy olvidando a alguien.

Les enumero las viñetas de los primeros 12 casos que me fueron presentados en supervisión:

Hombre nigeriano muere en la calle a la hija de su compañera, embarazada de él.

Familia rumana: él, alcohólico, golpea a la ex esposa delante del niño, que defiende a la madre. En el pasado la roció con alcohol para prenderle fuego.

Cónyuges ucranianos divorciados: él, paranoico; hijos de dos mujeres asesinadas por sus respectivas parejas. El hijo de la pareja presencia la violencia.

Cónyuges marroquíes: él, toxicómano y alcohólico, amenaza de muerte a la esposa y la viola delante de los cuatro niños.

Cónyuges marroquíes muy jóvenes: ella acude al Servicio de Urgencia con el niño por maltrato, pero huye para no denunciar. Sobreviviente de un matrimonio anterior en el que el marido, tras el divorcio, la desfiguró con ácido.

Cónyuges sudamericanos cultos y acomodados: él, mucho mayor, con problemas psiquiátricos, agresivo con ella y con el niño.

Pareja africana en la que él agrede en la calle a la compañera delante de la niña.

Mujer nigeriana embarazada golpeada por su compañero en la calle delante de su hija.

Cónyuges marroquíes, violencia doméstica en presencia de las niñas.

Cónyuges filipinos: él apuñala a la esposa y abusa de la hija adolescente.

Cónyuges italianos: él, carabinero, violencia doméstica en presencia de los hijos adolescentes.

Cónyuges italianos, ambos titulados universitarios, no separados, buenas condiciones económicas, con un niño pequeño: él la atormenta con llamadas de celos a su lugar de trabajo.

¿Qué tienen en común?

Que no hay ni una sola mujer sin hijos.

Un dato que está constantemente presente: la mujer siempre tiene hijos.

Por un lado, debemos darnos cuenta de que para la madre la protección de los hijos suele ser un motor motivacional más poderoso que la protección de sí misma; por otro, que los casos llegan a la intervención con mayor facilidad cuando hay un menor, ya que el delito (la violencia asistida) es perseguible de oficio, sin necesidad de denuncia por parte de la mujer víctima. Además, no debe subestimarse que, en caso de presencia de hijos menores, la intervención se ve facilitada por la obligación de las entidades locales de activar medidas de protección también desde el punto de vista económico (por ejemplo, asumiendo el pago de los costos de acogida en centros especializados).

Béatrice Cortellini, directora del servicio de Ginebra para la protección de mujeres maltratadas, AVVEC, en una comunicación personal durante una actividad formativa, señalaba que su servicio, activo desde 1977, se esfuerza por atender también a mujeres sin hijos y que, con dificultad, en 2022 llegó a un 20% de denuncias presentadas por mujeres sin niños.

Quisiera subrayar, al contrario, que la presencia de usuarios extranjeros en 10 de los 12 casos no refleja los porcentajes nacionales, ya que los datos del Istat nos indican que sólo el 28% de los autores de violencia es de origen extranjero (este y los datos anteriores están tomados de un artículo de Di Cristofaro, 2023). Probablemente los operadores psicosociales llevaron a supervisión los casos más complejos de tratar, en los que, además de la violencia de género estaban presentes condiciones de pobreza, aislamiento y marginación, a las que con mayor frecuencia están expuestos los inmigrantes sin una red familiar de apoyo.

El posicionamiento del hijo en los casos de violencia de género

Como ya mencioné anteriormente, en el CbM no nos ocupábamos de la violencia contra las mujeres ni de la violencia asistida por menores, que aún no estaba conceptualizada como una forma de maltrato. Nos encontrábamos, sin embargo, a niños que también terminaban siendo maltratados por el padre cuando se interponían entre él y la madre para defenderla (Cirillo, Di Blasio, 1989).

He aquí la descripción de un caso que es un buen ejemplo.

Agata llega con su hijo Claudio a pedir ayuda a una monja que brinda asistencia a las familias de una comuna periférica. Le refiere que su marido, Nicola, la golpea violentamente porque ella se opone a la relación homosexual que él mantiene con un joven de veinte años, a quien Nicola pretende alojar en la casa. Cuenta, llorando, que su marido ha tenido varias condenas por robo, receptación y emisión de cheques sin fondos. Ha perdido así su trabajo como obrero y pasa el tiempo en el bar y en la sala de juegos. Ella trabaja algunos días como empleada doméstica y recibe un subsidio de la asistente social. Además de Claudio, tiene también una niña, Rosalba, que en ese momento está al cuidado de una tía abuela que vive cerca. Agata se ha llevado consigo al hijo mayor (diez años) porque él la comprende y la ayuda. Por este motivo, el padre suele desquitarse también con él, golpeándolo cuando intenta defenderla.

A los hijos Claudio y Rosalba les resulta muy fácil percibir las faltas del padre, que son evidentes y continuamente subrayadas por las quejas de la madre.

La posición de Claudio, primogénito, varón, muy inteligente y sensible, lo convierte en el candidato más probable para asumir el papel de defensor de la madre y rival del padre: Agata, de hecho, lo involucra constantemente en sus conflictos con el marido y el niño se presta con mucho gusto a consolarla, mientras que Rosalba permanece resguardada en su condición de hija menor, que no se pone del lado de nadie y muy a menudo se queda a jugar en casa de una tía.

Yo tenía la ingenua convicción de que los hijos que han presenciado violencia siempre tomaban partido por la madre: Más bien, fue el resultado de la selección de casos, que hacía que nos derivaran únicamente de este tipo.

Recientemente he tenido que revisar mi prejuicio. Fui invitado como supervisor de la Cooperativa Liberamente de Pavía, que —además de gestionar una Casa Refugio— había

diseñado una intervención en favor de los hijos de las mujeres que acogían. Con gran sorpresa por mi parte, todos estos chicos (un grupo de una decena, de edades comprendidas entre la primaria y la secundaria) ¡estaban del lado del padre! Su identificación con el agresor (“ella se merecía los golpes, era mala con papá y con nosotros”) se manifestaba en particular durante las visitas supervisadas, en las que se mostraban afectuosos con el padre y sintonizados con él respecto a las críticas hacia la madre.

Los comportamientos más preocupantes se evidenciaban en las actividades grupales, donde los varones se mostraban despectivos y verbalmente violentos contra sus compañeras y contra las operadoras precisamente por ser mujeres; y este comportamiento también era señalado por la escuela. Lamentablemente, se estaban preparando para reproducir en la adultez el modelo paterno, si la intervención implementada para ellos no resultaba eficaz. Nos hemos preguntado durante mucho tiempo cómo explicar estas distintas alineaciones a favor de la víctima o del agresor.

Una primera respuesta se refiere a la instigación del padre, que puede involucrar a los hijos en sus juicios descalificadores y humillantes hacia la compañera. Sin embargo, instigar es como soplar sobre las brasas: para que el fuego se avive es necesario que las brasas aún estén encendidas. Fuera de la metáfora, los hijos deben encontrar cierta base o fundamento en las acusaciones del progenitor.

Un segundo factor se puede investigar en el comportamiento materno de la mujer: aquellas cuyos hijos las defienden habrán mostrado más abiertamente su desconcierto y su desolación, aceptando y recompensando los primeros gestos infantiles del niño al consolarlas y secarles las lágrimas. En general, habrán mostrado actitudes de madres involucradas y afectuosas. Las otras, en cambio, habrán parecido, presumiblemente ante los ojos de los niños, tan amargadas y rencorosas que resultaban distantes e inaccesibles: muchas madres de esta pequeña muestra eran inmigrantes, carentes de una red familiar de apoyo, abatidas por la precariedad de una vida miserable y aislada.

Mi reflexión se centra también en la oportunidad de conceder visitas protegidas a estos padres violentos. A mi juicio, con demasiada frecuencia se considera que mantener el contacto con los hijos es un derecho del progenitor, siempre y en cualquier caso. Yo pienso, en cambio, que es un derecho de los niños no perder la relación con ambos padres, siempre y cuando dicha relación se dé en formas respetuosas de su bienestar. Recientemente me impactó y admiré el decreto de un juez del Tribunal de Menores de Brescia, que subordinaba la concesión de visitas protegidas a un hombre maltratador a dos condiciones: que reconociera la inacceptabilidad de su propio comportamiento y que se sometiera a un proceso terapéutico en el Centro local para hombres violentos.

La coacción en virtud de la cual el hombre es encaminado a una rehabilitación sin una motivación propia puede, en algunos casos, lograr suscitar esa motivación. Todos nosotros hacemos por nuestros hijos más de lo que estamos dispuestos a hacer por nosotros mismos: en esta realidad se funda la supervivencia de la especie. Si el padre logra comprender y compartir el hecho de que su comportamiento constituye un grave daño no sólo para la compañera, sino también para el hijo, es posible que esto se convierta en una palanca motivacional, en un preludio de un cambio real.

Las últimas consideraciones nos conducen a los casos más atroces de la crónica, en los que un hombre, para castigar a la excompañera que lo ha dejado, mata a los hijos: de ella y suyos. En nuestros lejanos estudios de mitología griega nos encontramos con Medea, quien, para vengarse del abandono de Jasón, mata a sus propios hijos.

Parece que hemos pasado de un mundo de mujeres impotentes que no disponían de otros medios más que recurrir a esta terrible represalia, a un escenario opuesto de hombres que se viven a sí mismos como igualmente impotentes y actúan así su venganza.

En estas terribles situaciones sería necesario que los jueces (y las propias madres) imitaran la posición recién mencionada del magistrado de Brescia, interrumpiendo todo contacto entre el hombre violento y los hijos hasta que haya un reconocimiento del daño que les ha infligido y la consiguiente adhesión a un proceso terapéutico.

Los huérfanos especiales

Con esta expresión, Anna Costanza Baldry designa en su libro (2017) a los huérfanos que han perdido a su madre porque fue asesinada por el padre. Nos recuerda que entre 2000 y 2014 en Italia hubo nada menos que 1600 casos similares. En 2021, por iniciativa del Cismai (Coordinación Italiana de los Servicios contra el Maltrato y el Abuso Infantil) y de numerosas otras entidades que trabajan en favor de los menores, se creó el proyecto Respiro (acrónimo de Rete di Sostegno per Percorsi di Inclusione e Resilienza con gli Orfani speciali / Red de Apoyo para Procesos de Inclusión y Resiliencia con Huérfanos Especiales).

Un artículo de Paola Miglioranzi (2022), disponible en el sitio del Laboratorio de investigación e intervención “Uno sguardo al Cielo”, nos recuerda que estos niños son huérfanos dos veces. Han perdido a la madre a manos del padre, y el propio padre se ha suicidado o está en la cárcel (y a menudo —añado yo— ha sido privado de la responsabilidad parental como pena accesoria o por decreto del Tribunal de Menores). El artículo presenta los datos de una investigación que nos indica que, de 142 huérfanos especiales, el 77,5% estaba presente en el momento del homicidio. Otro elemento significativo es que la mayoría de los niños y las niñas fueron confiados a la familia materna y solo de manera residual a los servicios sociales o a la familia paterna.

Esta decisión de confiar a los pequeños a la abuela o a la tía materna representa ciertamente el mal menor en la mayoría de los casos.

Debemos igualmente subrayar que los núcleos familiares en los que los niños serán integrados están marcados por emociones intensas y persistentes —de duelo, rabia, sentimientos de injusticia— que los adultos deberían ser ayudados a elaborar, para no correr el riesgo de transmitirlos sin filtro a los niños, quienes podrían terminar siendo sobrecargados por el dolor y el odio de sus familiares.

El riesgo es obviamente mayor para quienes son ubicados en la familia paterna, que podría coludir involuntariamente con las razones expresadas por el hijo o hermano homicida, confundiendo al niño al distorsionar las responsabilidades del hecho.

Estos pequeños corren un serio peligro de ser obligados al perdón, forzando su voluntad y sin considerar su edad.

Quiero añadir otro daño al que estos niños están expuestos: los periodistas se preocupan responsablemente de no proporcionar datos personales que puedan hacer reconocibles a los protagonistas del hecho. Pero a menudo no pensamos que los propios protagonistas se reconocen en esas noticias. Así, el niño (o, con suerte, el adolescente) llegará a conocer, leyendo los periódicos, detalles atroces que los adultos se habían preocupado por ocultarle. Sirva como ejemplo el hecho de que la madre estaba embarazada y que, por lo tanto, el padre también mató a su hermanito o hermanita.

Quiero describir brevemente un caso que me fue presentado en supervisión: un niño de 8 años confiado a la tía materna, quien responsablemente había buscado ayuda tanto para sí misma como para su sobrino (algo que el artículo anterior nos dice que ocurre solo en el 6,3% de los casos). No sé si mi supervisión fue útil para la colega; sin duda, ella me enseñó mucho (no mencionaré su nombre para proteger la identidad del pequeño).

Su proceso de apoyo al niño y a los tíos continuó durante mucho tiempo. Un momento crucial fue la solicitud del abogado del padre de entregar al niño cartas y mensajes escritos desde la cárcel por el papá. La psicoterapeuta, con delicada firmeza, acompañó a la tía a tomar conciencia de que los escritos del hombre estaban centrados en sí mismo, en su propio dolor, en su soledad, y no en el sufrimiento que había infligido a su hijo. Este trabajo permitió a los tutores rechazar la solicitud sin dejarse abrumar por sentimientos indebidos de culpa o de piedad.

El tratamiento de una mujer sin hijos víctima de violencia de género

He recalcado lo difícil que es intervenir a favor de una mujer maltratada cuando no tiene hijos y, por lo tanto, es reacia a denunciar. Quiero presentar el caso, bastante excepcional, de una paciente atendida en contexto privado, es decir, por acceso espontáneo, sin que se hubiera abierto ninguna medida de protección, no habiendo presentado denuncia alguna.

Elisabetta me es derivada por una exalumna mía, quien en la práctica la fuerza a acudir a esta consulta. Está profundamente deprimida, cerrada a cualquier perspectiva de ayuda, sin ningún deseo de vivir desde que fue abandonada, hace dos años, por su pareja, Marco, tras una convivencia de 9 años. Ella tiene 39 años y él diez más. Él, licenciado universitario, ocupa una posición de éxito, mientras que ella, interrumpió la universidad, no obstante, tiene un buen empleo. El aspecto paradójico de la consulta es que tanto quien la deriva como sus otras amigas le recuerdan constantemente que Marco era un hombre gravemente maltratador y que debería dar gracias al cielo por haberse librado de él. Ella no lo niega, pero confiesa que tiende a suprimir los episodios de maltrato y que solo los recuerda cuando los evocan sus amigas.

Consigo con dificultad que acepte al menos otras dos entrevistas para concluir la consulta. En el encuentro siguiente se disculpa por expresarse mal (una preocupación absolutamente infundada) y cuenta que por ello fue reprobada en el examen final de secundaria, un hecho totalmente inesperado y que aún hoy la llena de vergüenza. Lo aprobó al año siguiente y se matriculó en la universidad sin convicción, abandonándola poco después. Sus padres, de buena situación económica pero poca formación, invirtieron poco en sus estudios. Llega a contarme lo que recuerda de los malos tratos: bofetadas, abusos, sobre todo humillaciones. Al inicio de la relación, en un impulso imprudente de transparencia, le cuenta un episodio de carácter sexual en el que se dejó involucrar por un novio anterior y del que siente una profunda vergüenza. Él responde arrastrándola ante el padre de ella, y la obliga a “confesar” el hecho, escandalizando al anciano progenitor (no le pido que me cuente de qué se trataba). Desde entonces la insulta continuamente y le reprocha ser “una débil”.

Concluye la consulta aceptando iniciar un proceso terapéutico. Toma conciencia de que la suya es una “no vida” y se propone cambiar. Para mis adentros esbozo un diagnóstico de trastorno dependiente de personalidad, con déficit de autoestima.

Con el paso de los meses, Elisabetta retoma los estudios, amplía su círculo de amistades, vuelve a salir con un exnovio, se apasiona por el running, al que se dedica cada mañana. Un día se encuentra casualmente con Marco en la calle; él le arma una escena y ella se asusta: él quiere volver con ella. Poco después, el hombre, gran bebedor y fumador, recibe el diagnóstico de cáncer de colon. Elisabetta va a verlo al hospital, suplanta a “la otra” y vuelve con él, sin ninguna conversación aclaratoria ni declaración alguna de Marco sobre sus sentimientos hacia ella. Pero ella piensa: “Sola no he logrado cambiarlo; con la ayuda del cáncer lo conseguiré”. No es así. Marco no reduce el consumo de alcohol ni cambia su comportamiento. Ella ha sido siempre una huésped en la casa de él: en nueve años no ha movido un mueble, colgado un cuadro, ni ha comprado un solo adorno. Él dice que su casa es perfecta tal como está. Se produce una nueva escena en la calle, con amenazas de muerte, porque ella no interrumpió una llamada telefónica cuando él llegó. Las amenazas de muerte se repiten. Elisabetta adquiere la costumbre de dormir vestida, sentada en una silla, pensando en escapar por el techo. En sesión me dice: “él es un niño malo”. Percibe su peligrosidad y su violencia, pero continúa compadeciéndose de su historia infantil (abandonado en un internado por sus padres). Revela que desde hace años ha interrumpido las relaciones sexuales por miedo a quedarse embarazada y a que él maltratará al niño. Por la misma razón no ha tenido un perro, algo que ahora lamenta. Me escribe un correo electrónico, con copia a sus amigas, en el que dice que, si la encuentran muerta, sabemos que ha sido él. La amiga que la había derivado le aconseja que vuelva a hablar conmigo sobre el examen final de secundaria. La ocasión se presenta a propósito de una carrera: se ha vuelto cada vez mejor y participa en competiciones exigentes, sola o en equipo. En la víspera de una importante cita deportiva le pregunto cuánto se ha entrenado: “¿Yo? Nada, yo soy así, improviso, no me esfuerzo”. Tengo un flash y le pregunto qué nota obtuvo la segunda vez que rindió el examen final: “El mínimo, 36, no había estudiado nada” “¿Y el año anterior?” “Tampoco”. De pronto veo ante mí a otra mujer, convencida de ser especial y de no tener que ganarse las cosas, que le llegarán por buena suerte, no por mérito. El rasgo narcisista, oculto bajo la fachada de la inseguridad, se vuelve de una claridad deslumbrante: es por eso que permanece con Marco. Él es solo un niño, malo, de acuerdo, pero al fin y al cabo un niño; es ella quien lo salvará y lo cambiará.

Le propongo mi nueva interpretación. Se despide pensativa, vuelve a casa y me envía un WhatsApp con una sola palabra: “Revelador”.

En las semanas siguientes se propone dejar a Marco sin hacer que se enrabie, por miedo a que se vengue con los padres de ella. Lo consigue, con mucha diplomacia. Establecerá con él una especie de amistad, con alguna cena ocasional en un restaurante, sin más implicaciones sentimentales.

Cuando meses después inicia una relación con otro hombre (esta vez bastante más joven que ella), aún teme que Marco pueda agredir al nuevo compañero, cosa que afortunadamente no ocurre.

Una vez finalizada la terapia, durante las dos Navidades consecutivas recibí sus saludos.

Conclusiones

El abordaje de situaciones tan complejas no puede inspirarse en un modelo de intervención simplificado. Es necesario proceder por fases, como se describe en el libro de Selvini et al. (2022) a propósito del tratamiento del trauma. Puede ser necesario comenzar

con una breve consulta dirigida a todos los protagonistas —padres e hijos— con un triple objetivo: posicionarnos en defensa de las víctimas, rechazar la perspectiva de la corresponsabilidad (“he reaccionado a sus provocaciones”) e intentar vincular a cada uno de los miembros de la pareja desde la *parentalidad*. El incentivo para ella consiste en apoyar los movimientos protectores hacia los niños; la palanca motivacional para él radica en ayudarlo a reflexionar sobre el daño que inflige a sus hijos, un reconocimiento menos arduo que la admisión de la inaceptabilidad de su comportamiento conyugal, a la que se llegará en un momento posterior. La interrupción de las relaciones padre/hijos deberá mantenerse hasta que el padre reconozca su propia violencia, trabajando mientras tanto también con los hijos para liberarlos ya sea de la identificación con el agresor, ya sea de la parentificación hacia la madre. Es importante que todas estas intervenciones sean realizadas por el mismo equipo, para evitar escisiones o colusiones, o al menos por varios servicios que colaboren en red.

Bibliografía

- Cirillo, S., Il bambino abusato diventa adulto: riflessioni su alcune situazioni trattate, *Terapia familiare*, n.91, 2009, pp.162-174.
- Cirillo, S., (2015), *Cattivi genitori*, Raffaello Cortina Milano.
- Cirillo, S., Di Blasio, P., (1989), *La famiglia maltrattante*, Raffaello Cortina Milano.
- Cortellini, B., (2022), *Comunicazione personale*.
- De Zulueta, F., (1993), *Dal dolore alla violenza*, Trad. it. Raffaello Cortina Milano 2009.
- Di Cristofaro, C., (2023), “Violenza, oltre 20mila donne accolte nei centri nel 2022. Solo il 27% denuncia”, 24 agosto 2023, Alley Oop, *Il sole24ore*.
- Goldner, V., Penn, P., Sheinberg, M., & Walker, G., (1990). “Love and Violence: Gender Paradoxes in Volatile Attachments”, *Family Process*, 29 (4), 343–364.
- Liotti, G., *Sviluppi traumatici*, Raffaello Cortina, Milano 2011.
- Miglioranzi, P., (2022), “Gli orfani speciali”, <https://www.unosguardoalcielo.com>
- Selvini, M., Gritti, M.C., (2023), Apego y ensamblajes de parejas tóxicas, estancadas y terapéuticas
Revista Clínica y Psicosocial VincularTE, N.8, Pg.3-17.
En línea: <https://revistavincularte.cl/index.php/ojs/article/view/77>
- Selvini, M., Fino, L., Redaelli, L., Senatore, L., (a cura di), (2022), *Le sei fasi della resilienza*, Raffaello Cortina Milano.